



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
15 de abril de 2011.**

**Sexta Catequesis
“María y la Iglesia”**

Nuestra última catequesis terminó diciendo, cuando vimos la relación de María con el Espíritu Santo, cómo ella fue dócil al Espíritu, y en la Iglesia naciente, en el momento en que el Espíritu vino sobre los apóstoles ella estaba junto a los discípulos de Jesús orando con ellos y esperando la promesa del Espíritu que Jesús les había hecho. Hemos visto a María al pie de la Cruz y hemos escuchado las palabras de Jesús: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y después dirigiéndose al discípulo: “Hijo, ahí tienes a tu madre”, y la frase que añade un especial sentido a aquella escena: “desde aquel día el discípulo la recibió en su casa”.



María es declarada Madre de la Iglesia y los discípulos de Jesús la acogen en la comunidad. Ya ella está desempeñando su papel de Madre de la Iglesia en la espera y venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Hay, pues, una relación indisoluble entre María y la Iglesia, de modo que no podemos concebir la Iglesia sin María ni María separada de la Iglesia. El Papa Juan Pablo II nos recordó en más de una ocasión: la Iglesia tiene una especial condición en el hecho de estar fundada sobre Pedro, que es escogido como piedra fundamental por el mismo Cristo para edificar su Iglesia, por lo tanto la Iglesia es petrina. Todo el sentido de unidad, de cohesión, de la edificación de la Iglesia de Dios en medio del mundo está dicho en esa frase: la Iglesia es petrina. Pero hay otra cualidad de la Iglesia que se debe valorar siempre en su vida de comunidad, en la historia de la misma Iglesia, la Iglesia es también mariana. De Pedro recibe la solidez, la unidad que le da fortaleza, de María recibe el cuidado materno, esa misión, también confiada por Jesús a su madre, de inspirar todas las acciones de la Iglesia con la acogida propia de la mujer, de lo femenino, para que la Iglesia se mantenga siempre en respuesta a Dios, repitiéndole cada día, cada año, cada siglo, ese “Sí, hágase en mí según tu palabra”, que María dio un día al Señor. Porque la Madre de Dios es, en efecto, el principio, el prototipo y la condensación de la criatura humana que coopera a su propia salvación sirviéndose de la gracia. ¿Qué quiere decir esto?.

María es, ante Dios, la criatura que responde con una aceptación total, con un “Hágase en mí según tu palabra” al querer de Dios, a la voluntad del Señor. Todo ser humano debía ser una criatura disponible, abierta, acogedora de las inspiraciones de Dios, de su voluntad expresada en los acontecimientos, o por su Palabra revelada, pero los humanos son muchas veces duros, sordos, incapaces de escuchar la voz de Dios que se dirige a ellos y están tan despreocupados, aturdidos o envueltos en sus pecados que aún la voz de Dios, escuchada con dificultad debido a esas miserias, es sofocada como le sucede a la semilla de la parábola de Jesús, por las espinas y los cardos, o es en terreno pedregoso donde cae. María, por el contrario, aparece en el evangelio llena de gracia y correspondiendo a la gracia, se vuelve así para nosotros la mujer modelo de lo que debe ser cualquier creyente cristiano, el que se abre a la Palabra de Dios y la escucha. Pero María no sólo es para cada uno de los cristianos ese prototipo de lo que debe ser la actitud del creyente en el Dios verdadero que escucha su voz, que responde positivamente, que conforma su vida al querer de Dios. María es también el prototipo de lo que la Iglesia totalmente debe ser, o sea, la Iglesia debe estar siempre al servicio de Dios como María, la Iglesia debe en todo momento cumplir su misión, que es también maternal como la de María.

La Iglesia, en la cual es venerada María, debe ser la Iglesia del hombre y la mujer que, en virtud de la gracia de Dios, cooperan a la gracia.

La fe católica, dice De Lubac resume simbólicamente en la Santísima Virgen, en su caso privilegiado, algo que es muy propio de su doctrina: “la cooperación humana a la redención”. María es así como la síntesis de lo que es la Iglesia para un creyente. Por algo en la tradición de los Padres de la Iglesia y hasta la Edad Media las imágenes y símbolos que se utilizaban para hablar de María la describían como la nueva Eva, es decir, la madre de una nueva humanidad que nacía de Cristo, de su redención. María es también llamada Arca de la Alianza. Recordemos aquella construcción muy cuidada de madera y metales preciosos donde se guardaba en ese cofre las tablas de la Ley, de la Alianza que Moisés había dado al pueblo cuando salieron de Egipto en pleno desierto. Esa Arca de la Alianza es la que contiene la Palabra de Dios escrita, María es Arca de la Alianza porque la Alianza nueva que se hace en Cristo estuvo en su seno, custodiada en su vientre como aquellas tablas de la antigua ley. San Cirilo de Alejandría llama a la Virgen María “Iglesia santa” de Dios, y otro Padre de la Iglesia dice “María y la Iglesia, una madre y muchas madres”.

Aquí vemos que desde los inicios de la Iglesia hay una profunda conciencia de fe que a través de esta manera de hablar reconoce en María la figura ideal de la Iglesia, su ejemplar, su meta de perfección, dicho en otras palabras, lo que es María debe llegar a ser la Iglesia, debe serlo en toda su actuación y en su respuesta amorosa a Dios. Por eso dice el Concilio Vaticano II: “la Madre de Dios es tipo de la Iglesia... en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón es también llamada madre y virgen, la bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando de forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre”. Y continúa el Concilio: “Ella dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29), a saber: los fieles a cuya generación y educación coopera con materno amor” (LG #63). Y la Iglesia, contemplando la santidad de María, imitando su caridad y cumpliendo la voluntad del Padre se convierte también en madre porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos y virgen porque custodia íntegra y pura la fe prometida al esposo. En una palabra, la Iglesia encuentra en María su realización

perfecta y hacia ella mira como ejemplo. María es modelo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los sagrados misterios”, dice el Papa Pablo VI en la Encíclica “*Marialis cultus*”.

Es sobre todo el título de madre lo que acerca a la Iglesia a María: la Iglesia sigue engendrando todos los días a Aquel al que María Virgen ha engendrado, y tanto la Iglesia como María engendran por obra del Espíritu Santo. Ambas están animadas por el Espíritu con vista a la comunicación de una vida toda santa, la de Cristo. Hemos repetido muchas veces que la función materna de María consiste en primer lugar en dar al mundo al Hijo de Dios; pues podemos decir que la función materna de la Iglesia consiste también en darnos a Cristo, sacrificio y alimento para todo el cuerpo místico de la Iglesia. Podemos decir que la Eucaristía constituye propiamente la culminación de la maternidad de la Iglesia. Como María engendró a Cristo, la Iglesia engendra a Cristo Eucarístico cada día. María dio al mundo al Cristo terreno a fin de que el mundo fuese redimido por su entrega en la Cruz, la Iglesia en la Santa Eucaristía ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo y engendra siempre en la Eucaristía nuevos hijos de Dios. Como María participó en el sacrificio de la Cruz, así la Iglesia entera participa en el Santo Sacrificio de la Misa. La Iglesia, como María, ha sido hecha depositaria del tesoro que le es confiado en cada Sacrificio de la Misa, a fin de que por su ministerio lo comunique y lo distribuya. María es una intercesora ante el Hijo, la Iglesia en la Santa Eucaristía es intercesora de sus hijos, pide por ellos, ora por ellos.

La maternidad espiritual de María proclamada en el Calvario por Cristo tiene pues una plena correspondencia en la maternidad espiritual de la Iglesia significada por el “poder sobre la Eucaristía”, pues a través de la Eucaristía la Iglesia ejerce su función materna respecto a Cristo y lo “trae” al altar como María nos lo trajo a esta tierra por obra del Espíritu Santo.

Como lo hacía notar en su tiempo Isaac de la Estrella: “Lo que se aplica universalmente a la Iglesia se aplica especialmente a María y singularmente, o sea individualmente a cada cristiano fiel”.

Volvemos a citar al teólogo De Lubac: “Dios ha reunido toda la nobleza esparcida en el universo para depositarla, toda entera, en el hombre que es su obra maestra, eso mismo hizo en María en lo que respecta a toda la nobleza de este mundo espiritual que es la Iglesia. Si la Iglesia es el Templo de Dios, María es el Santuario de este Templo, si la Iglesia es este Santuario, María se encuentra en su interior como el Arca. Y si la misma Iglesia es comparada con el Arca, María es entonces el propiciatorio que la cubría, o sea aquella recubierta que era lo más precioso que todo lo demás del Arca. Si la Iglesia es el paraíso, María es el manantial de donde brota el río que lo fertiliza, ella es el río que alegra la Ciudad de Dios. Ella es como el cedro en la cresta del Líbano, como la rosa en el centro de Jericó. Ella es en la ciudad santa de Sión, como el cuartel real, como la torre de David que domina toda la ciudad”

La Iglesia no celebra nunca la Eucaristía sin invocar la intercesión de la Madre del Señor. En cada Misa María parece prolongar a través de la Iglesia la petición hecha en Caná: “No tienen vino” a favor de toda la Iglesia y al mismo tiempo a través igualmente de la Iglesia invita a todos los sacerdotes a “hacer lo que El les diga”. En cada Misa María se ofrece, como miembro eminente de la Iglesia, asociando en unión con la sangre de su Hijo no sólo su consentimiento a la Encarnación y a la Cruz del pasado, sino también su intercesión materna y gloriosa. No hay otro sacerdocio en María más que la participación de ella en el

sacerdocio de todos los bautizados y por tanto de la ofrenda de la Iglesia. Es el mismo sacerdocio común de los fieles, pero vivido de forma eminente.

Con cuatro verbos escribe Pablo VI la actitud de María frente al misterio divino de la Encarnación y la Redención en la “*Marialis cultus*”: María es la Virgen oyente, orante, que da a luz y que ofrece. La comunidad eclesial también, como María, al celebrar y vivir la Eucaristía es una comunidad que escucha la Palabra, que ora, que engendra y ofrece. En todo esto María se muestra perfecta: “para perpetuar en los siglos el sacrificio de la Cruz el Salvador instituyó el Sacrificio Eucarístico, memorial de su muerte y resurrección y lo confió a la Iglesia, su esposa, la cual sobre todo el domingo, convoca a los fieles para celebrar la Pascua del Señor hasta que el venga, lo que cumple la Iglesia en comunión con los santos del cielo y en primer lugar con la bienaventurada Virgen, de la que imita la caridad ardiente y la fe inquebrantable”.

Ante todo la Iglesia se reúne para celebrar la Eucaristía. Es un hecho que María congrega a la Iglesia en torno al altar. Lourdes, la Guadalupe, Aparecida, El Cobre, y los grandes santuarios marianos sirven para testimoniar esta innegable realidad.

Sabemos que es propio del ministerio apostólico reunir a los fieles en torno a la Eucaristía y presidirla. Pues bien, también María posee una función significativa en este reclamo del Cristo Eucarístico, de suerte que con razón alguien ha hablado de su don especial para congregar al pueblo fiel y este ministerio carismático de María incluye también una llamada a la conversión y al cambio radical de vida de los fieles.

En una palabra, toda la vida de la Iglesia está transida de la presencia de María, que es el modelo a imitar por toda la Iglesia y por cada cristiano en la acogida a Dios y en la respuesta activa de fe al Señor. María Virgen es la que ilumina el camino de la Iglesia Virgen consagrada al esposo que es Cristo. María Madre es la que alumbró toda la acción maternal de la Iglesia con respecto a los hombres, de esa Santa Madre Iglesia, para la cual ella es el modelo perfecto de fidelidad, de caridad, de ternura, de amor.

Que estas catequesis de este año nos lleven a iniciarnos cada vez más en el conocimiento y en la devoción verdadera a la Virgen María, sabiendo que no es solamente la más grande de los santos de la Iglesia, sino la escogida de Dios para ser la Madre del Salvador y la que cooperó de tal manera en el plan de salvación que fue llevada en cuerpo y alma al cielo y coronada como Reina de los Ángeles.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original